



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 15 DE FEBRERO DE 2026

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La epicúrea razón

SALVACIÓN A MEDIAS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

C deslizaba suavemente la pantalla de su celular, deteniéndose en publicaciones que prometían enseñar algo: una frase de sabiduría, una ecuación de física o quizás una fórmula química. Entre las recomendaciones de amistad de la red, apareció una chica que parecía atractiva: pelirroja, de cabello largo y chino y que le tapaba más de la mitad de su rostro. C indagó. Era delgada, veinticinco años menor que él y al parecer tocaba la guitarra. Vivían en la misma ciudad y compartían algunas amistades en las redes. C le escribió un mensaje diciendo “Hola”. Comenzó la conversación.

Ella había abandonado sus estudios de licenciatura en guitarra clásica y ahora tocaba, de vez en cuando, la guitarra eléctrica con un grupo. C le dijo: “La vida está llena de cosas que hay que abandonar. Me has hecho recordar que yo dejé la carrera de piano y esa fue una de las mejores decisiones que tomé en la vida. Aunque mi gran pasión siempre fue la música; tenía que regresar a ella de otras maneras. No había otro camino”.

Pasaron cinco días y ella no respondió a su mensaje. Él insistió: “Me gustaría conocerte. Quisiera invitarte a comer o cenar un día de estos. ¿Puedo?” Ella respondió rápidamente: “No creo, gracias”. El mensaje había sido honesto de ambas partes: Él solo quería conocerla. Ella se negó.

(“Tiene novio, por eso no se atreve”). C dejó pasar el asunto sin darle mayor importancia. Pero pasaron algunos días para cuando comenzaron a aparecer las nuevas publicaciones en las redes, de ella. A C le sorprendieron inmediatamente, en su celular. El novio de aquella chica había enfermado y estaba siendo hospitalizado. Al día siguiente, las publicaciones comenzaron a aparecer dos o tres veces al día. Hablaban sobre lo difícil que era la situación que ambos estaba viviendo: Ella pasaba días y noches en el hospital, no dormía y no tenían dinero para pagar los gastos de hospitalización. (“¿Señor?”. “El novio es el impedimento, C”).

C sabía perfectamente que la ira de Dios es implacable. Comenzó a buscar a otra chica quien pudiera sentarse a platicar con él, alguien con quien tomar un té, un café, pero no aparecieron candidatas en su celular. Las publicaciones de aquella joven, en el hospital, continuaron. El novio empeoraba y ella estaba rifando su guitarra de veinte mil pesos para tratar de cubrir los gastos hospitalarios, que para ese momento ya ascendían a cincuenta mil pesos. Se trataba de una pareja que ganaba quince mil pesos mensuales, principalmente por los ingresos de él, que en ese momento no estaba laborando, evidentemente.

La posibilidad de tener que intubar al chico crecía de un día al otro. La bronquitis arreciaba y la bacteria crecía. (¿Qué hago con él, C?”. “No dejes en mi la decisión, Señor”. “A ti te corresponde, pero te advierto que YO aún no estoy servido”).

Las horas en el hospital eran un grito



interminable de máquinas y pasos apagados que retumbaban en los tímpanos. Ella se aferraba a la mano, cada vez más fría, de su amado, sintiendo cómo la vida se le escapaba en alientos desesperados. La esperanza se desmoronaba con cada cifra monetaria que aumentaba en la cuenta, convirtiendo el amor en un duelo anticipado, una despedida lenta y cruel. Sus ojos, agotados por noches sin sueño, buscaban algún milagro entre luces pálidas y rostros indiferentes. Pero la realidad pesaba, inmensa e implacable, mientras su mundo se reducía al espacio estrecho de una cama y un último latido. Ella sabía, porque su voz interior se lo repetía constantemente, que lo que estaba viviendo era responsabilidad suya. “¿A quién le rompí el corazón?”.

El aroma del café nunca había sido tan amargo. Se arrepentía. La invitación fue sencilla, casi trivial, pero ella la rechazó con una indiferencia que ahora le pesaba en el pecho. Se preguntaba qué habría sucedido si hubiera dicho que sí, si hubiera cruzado aquella puerta y compartido una tarde en lugar de quedarse atrapada en la rutina. La duda era un fantasma que la perseguía recorriendo las paredes blancas que rodeaban la cama de hospital de su amado, un reloj sin manecillas que se burlaban de su deseo de retroceder. Ahora era demasiado tarde y solo le quedaba imaginar aquel encuentro perdido en la bruma de lo que nunca fue.

C constataba la situación desesperada de la chica con cada publicación en redes. (“Estoy servido, C. ¿Qué hago con él? Si vive, van a tener que vender el auto para saldar la deuda. ¿O la libero a ella de ese gasto y que la familia incurra en los del funeral?”. “Déjalo vivir, Señor, por favor Ten Piedad de ambos”. “De acuerdo, C, pero pierden el regalo que les tenías preparado”).

INQUIETUD DESCONCERTANTE

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Agustín vivía con su familia en un pequeño pueblo rodeado de montañas, protegidos de huracanes por los altos muros con árboles que circundaban el poblado. Su madre, dedicada a los asuntos del hogar, tenía la comida lista a sus horas. Si el niño, absorto en sus juegos, desaparecía de las cercanías visibles de la casa, ella lo notaba de inmediato y salía a buscarlo, dando gritos hasta encontrarlo. Su padre pasaba muchas horas con él durante los fines de semana, enseñándole a atrapar una pelota de béisbol con el guante y a batear. Él mismo era un carpintero hábil: le enseñó al niño a trabajar la madera. Juntos construyeron una mesa donde fijaron las vías de un tren eléctrico de juguete. Su madre, una talentosa cocinera, le mostraba los secretos de combinar alimentos y su cocimiento.

Poco a poco, la vida en el pueblo fue haciéndose cada vez más difícil, la gente abandonaba sus hogares en busca de un mejor futuro en la ciudad. Un día, el poblado se quedó sin panadero, sin lechero y sin algunas otras cosas necesarias para la vida. Los padres de Agustín decidieron hacer lo mismo: mudarse a la ciudad en busca de mejores oportunidades. Desde el principio, todo transcurrió muy bien. Agustín se adaptó rápidamente a su nueva escuela y comenzó a hacer nuevos amigos. Pero pronto, las condiciones de los padres en el trabajo fueron abrumadoras y comenzaron a pasar menos tiempo con el niño.

Los padres de Agustín dejaron de tenerle la misma paciencia y cariño de antes. Las promesas de pasar tiempo juntos se rompían constantemente y las palabras de aliento se volvieron escasas. Agustín comenzó a obtener malas notas en la escuela y en casa no tenía nadie quien le

ayudara. El niño empezó a sentirse solo. Cuando intentaba hablar con sus padres sobre sobre sus problemas, no obtenía respuestas. Ellos, cansados y estresados, dejaron de prestarle la atención que necesitaba.

Agustín se volvió más reservado y comenzó a buscar consuelo en sus amigos y en sus pasatiempos, entre ellos, algunos nuevos, como el fútbol. Un día escapó de la escuela y fue a meterse a una tienda de deportes. Se maravilló ante la cantidad de balones que encontró y los artículos deportivos tan variados. Los padres no notaron que Agustín se perdía durante horas sin llegar a casa.

Hasta que un día, arribó un visitante a la tienda, quien se dio cuenta de la consistencia con la que el niño acudía al lugar. Comenzó a sacarle plática. Interesado, le hizo preguntas sobre sus pasatiempos, sus padres, la escuela y sus amigos. Muy pronto, el adulto se ganó la confianza del niño y decidió invitarlo al cine, a ver una película infantil que se proyectaba en una sala, lejos de ahí, pero cerca de un parque. El niño aceptó entusiasmado.

Llegaron a las puertas de un centro comercial en taxi e ingresaron. Se dirigieron al cine. Hubo que subir escaleras eléctricas. El hombre se ofreció a comprarle palomitas y un refresco. Agustín estaba encantado. Caminaron a la sala y ubicaron sus asientos: en la última fila, hasta arriba, donde nadie podría verlos. Para cuando se apagaron las luces, Agustín ya había acabado con la mitad de las palomitas y casi todo el refresco. Comenzó la función.

Inmediatamente, el hombre acercó su rodilla a la pierna del niño y a los pocos minutos colocó su mano sobre el muslo del muchachito. El hombre concluyó el delito. Era notorio, al final de la película, que Agustín había llorado. El adulto le limpió la cara con el dorso de sus manos. En silencio, regresaron a la tienda de deportes y ahí se despidieron.

Los padres de Agustín nunca supieron en qué momento habían perdido la confianza de su hijo. Fueron conscientes de ello cuando recibieron los llamados de la escuela por la mala conducta de Agustín. Los padres no sabían cómo, pero intentaron recuperar la confianza de su hijo, y Agustín ya no pudo olvidar aquellas veces en que se sintió ignorado y desatendido.

En algún momento de su adultez, Agustín encontró la fuerza para seguir adelante. Pero nunca aprendió a confiar en sí mismo y a valorar las relaciones que realmente le aportaban felicidad y apoyo. El tiempo pasó y sus padres nunca comprendieron la importancia de estar presentes en la vida de su hijo, pero trabajaron arduamente para reconstruir la relación que no supieron en qué momento se les fue de las manos.

Treinta años después, Agustín comprendió la lección de aquel difícil período en su vida. La confianza es frágil y una vez rota, es difícil de reparar. Sin embargo, también aprendió que el amor y la comprensión pueden sanar las heridas más profundas de la vida.



Gotthold Ephraim Lessing

(Kamenz, actual Alemania, 1729 - Brunswick, id., 1781) Escritor y dramaturgo alemán. Hijo de un pastor protestante, Gotthold Ephraim Lessing cursó estudios de teología en Leipzig, que no tardó en abandonar para dedicarse plenamente a la literatura; de aquellos años juveniles data su intensa amistad con el poeta Ewald Christian von Kleist.

Su producción teatral iría alejándose de la tragedia francesa para integrar la influencia de Shakespeare y los clásicos griegos, sobre todo a partir de Miss Sara Sampson (1755), primer drama realista burgués. Sus ideas sobre estética quedaron reflejadas en su Laocoonte (1766), centrada en los vínculos entre la poesía y la pintura, y en sus trabajos de crítica teatral, recogidos en La dramaturgia hamburguesa (1767-1769).

Máximo representante de los valores del clasicismo alemán, su drama Natán el sabio (1779) es una apología de la tolerancia, mientras en La educación del género humano (1780) afirma su fe en el perfeccionamiento moral indefinido de la humanidad. Lessing supo introducir el racionalismo ilustrado en Alemania, dándole un sentido autóctono que evitara la imitación de los modelos franceses.

Elmer Mendoza

La ausencia, novela de Mónica Lavín

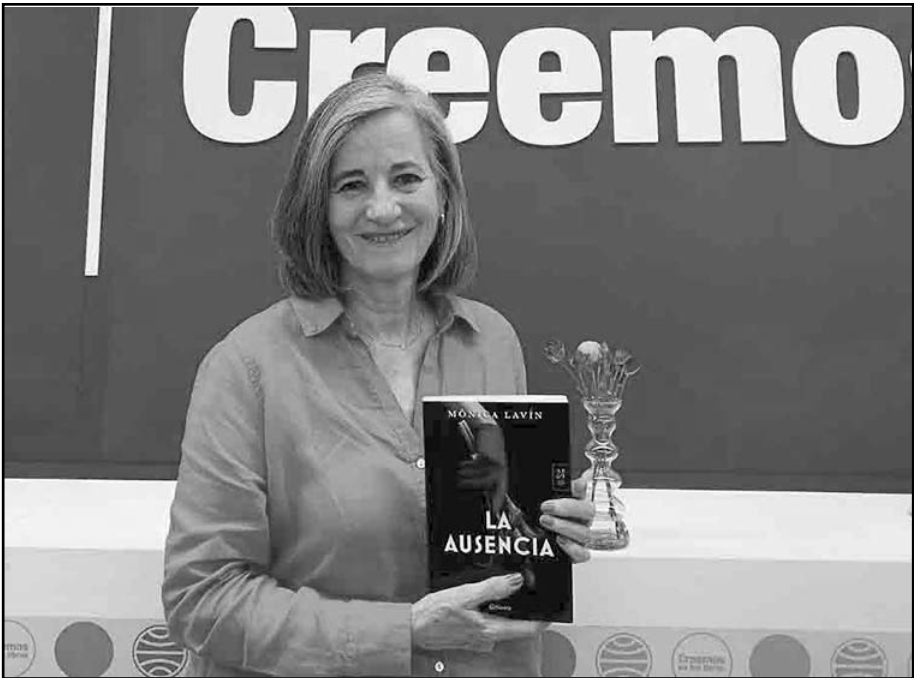
Mónica Lavín escribe, teje historias con palabras. Una sábana con parches de cuatro tonos que en realidad son una guitarra de cuatro cuerdas o un platillo de cuatro aromas, ¿o serán las cuatro caminos de José Alfredo donde Becket esperaba a Godot? Sabines no lo sabe de cierto pero lo supone, y Cheever dice que "escribir ficción es experimentar", sacar las castañas del fuego, viajar en el tiempo, leer a Capote, convencerse de que "todo escritor quiere la complicidad de la otra orilla, alguien que tome las palabras como si fueran una cobija y se envuelva con ellas". O sea, hay cuatro formas de decir salud, más la suya.

Mónica Lavín es grande por su constancia, por esa capacidad nada sutil de mezclar caracteres, de correr todos los riesgos, de ser una escritora de su tiempo. Con la solidez de su estilo toma retazos de las vidas y leyendas de Carson McCullers, Katherine Anne Porter y Eudora Welty, tres grandes escritoras norteamericanas del sur, donde también nacieron Faulkner, Bob Dylan, la gran Janis, el increíble Armstrog, vive el querido Cormac McCarthy y desde luego, lugar de Truman Capote que en esta novela es el Virgilio de la narradora

Lavinia Melín, que presentó su nueva novela en la reciente FIL Culiacán con gran éxito de público. ¿Por qué hace eso Capote? Simplemente por ayudar.

Hay una escritora que no consigue armar una novela y necesita escuchar cómo se resuelven ciertos problemas de creatividad de la boca de tres autoras que en su tiempo no la llevaron fácil. Quizá usted leyó a las tres, o tal vez solo a McCullers, que es la que está en la mayoría de las librerías.

Parte de la novela transcurre en una residencia para artistas. En el principio, las tres escritoras más Beth, bella joven que desea escribir, van al lago del lugar para nadar. Las mencionadas se meten al agua pero Beth, extiende una toalla amarilla en la grama y desaparece. ¿Por qué? En la novela cada autora atesora cierta culpa y nos enteramos de la relación de cada una con ella. Incluyan a John Cheever que vive en una cabaña alejada pero que las cuatro buscan. Es buen amigo, buen bebedor y buen amante. Las tres fueron a ese retiro para escribir, pero la repentina desaparición de Beth las pone en crisis de tal suerte que abandonan la residencia sin mirar al lago. Lavinia encuentra la manera de regresar



del siglo XXI a 1955, cuando las escritoras coincidieron en la casa. Por supuesto que consigue conversar con cada una de ellas pero le adelanto, las conclusiones las deberá sacar usted. ¿Qué exige esta novela? Una lectura atenta y una copa a la mano.

Algunas frases los dejarán flotando, "el cuento es la literatura del nómada", "los cuentos siempre son heridas de engañosa costra", "las vidas simples no hacen Historia". Aquí dejo las citas. Me gustaría que reflexionaran en la última que, sin duda, es un espejo empañado que les exige limpiar. Ustedes leen EL UNI-

VERSAL, un diario donde las ideas sacuden. Entonces seguro leerán La ausencia de Mónica Lavín, una novela donde personajes de la historia de la literatura conversan de esas pequeñas debilidades que provocan mirar el mundo con ojos de clavadista en Acapulco, donde el agua, eso tan sencillo, es la salvación. ¿Saben por qué hay una mano con guante en la portada? Sepan que es esa voz que traspasa los años y que ahora mismo buscaré un trago para celebrar la vida eterna de estas mujeres que le pusieron nombre al sur, ese rincón donde nació el blues y muchas maneras de pasar la noche.

ad pédem literae

No es libre el que se ríe de sus cadenas

Gotthold Ephraim Lessing

Letras de buen humor

Algunos se equivocan por temor a equivocarse

Gotthold Ephraim Lessing